

pos antes con veintidós mil franceses á setenta mil prusianos en los campos abiertos de Awerstaedt, no temía encontrar con treinta y cinco mil hombres á sesenta mil rusos en un país sembrado de obstáculos de toda especie, donde se podía detener á un ejército detrás de un bosque, un pantano ó un puente cortado.

El Niemen, que desde Grodno á Kowno corre directamente hacia el Norte, presenta más arriba de Grodno una dirección diferente del todo, pues desde Neswij á Grodno corre de Este á Oeste, describiendo mil rodeos. Marchando el mariscal Davout hacia el Este y declinando algo al Sur, dejaba este río á la derecha. Del príncipe Bagratión y del rey Jerónimo estaba separado por las numerosas sinuosidades de su curso. Habiendo repelido en virtud de fuertes y frecuentes reconocimientos más allá del Niemen á la caballería enemiga, que había divisado completamente sobre su derecha, atrajo á sí á la división de infantería de Dessaix, y á toda la caballería de Grouchy, y se adelantaba sobre Minsk en masa compacta. Contando cerca de treinta y cinco mil hombres á sus órdenes, no vaciló en seguir adelante, y entró en Minsk el 8 de julio por la noche con una simple vanguardia.

Bien le salió marchar sobre Minsk francamente y tan de prisa, pues expulsados á tiempo los cosacos por nuestra caballería ligera, no tuvieron espacio para destruir los almacenes de esta ciudad. Allí encontró el mariscal, hallazgo á la sazón de grande precio, una provisión de tres mil seiscientos quintales de harina, trescientos quintales de avena, veintidós mil fanegas de avena en grano, seis mil quintales de heno, quince ó veinte barricas de aguardiente. Además se encontraron un establecimiento donde se podían cocer hasta cien mil raciones al día, medios para reparar el vestuario, las monturas, mucho celo por la independencia polaca, al modo que en todas las grandes ciudades. Felices eran estas circunstancias para el mariscal Davout, cuyo cuerpo no había tenido dos días enteros de descanso desde el 24 de junio, marchando de Kowno á Wilna, de Wilna á Minsk de continuo. Apresuróse el mariscal á aprovecharse de todo, pues aun entre sus tropas, tan fuertemente organizadas, el desorden había llegado á su colmo. Detrás venían la tercera parte de sus soldados, los caballos carecían de fuerzas y con especialidad el regimiento 33 de ligeros, holandeses según hemos dicho, había quedado casi todo á la espalda ocupado en el saqueo. No era hombre para ablandarse, por grandes que fueran las excusas que se pudieran hacer valer en favor de aquellos soldados extenuados. Juntó las compañías de preferencia, pasólas revista, les dijo que con ellas contaba para dar buen ejemplo, les testificó la satisfacción que le inspiraba su excelente conducta, pues, con muy contadas excepciones, los capitanes tenían razones valederas que alegar respecto de cada rezagado, concedió elogios y recompensas á los más dignos, pero encontrando las compañías de preferencia del regimiento 33 muy incompletas, las hizo desfilar en la parada con las culatas hacia arriba, anunció el pronto licenciamiento del regimiento, si no tenía mejor porte, y siempre implacable con los pillos, mandó fusilar inmediatamente á cierto número de hombres que en Minsk probaron á saquear muchas tiendas.

Su severidad, censurada por algunos jefes, aplaudida

por otros, motivada de todos modos por las circunstancias, produjo una impresión saludable, tranquilizó á los habitantes, intimidó á la gente perdida, y sin restituir las fuerzas á los soldados rendidos de fatiga, ni la buena voluntad á los que no la tenían para tal guerra, despertó el sentimiento del deber en las masas, empezadas á contaminar por el mal ejemplo, la afición al saqueo y la impunidad asegurada en la espesura de los bosques. Por fortuna las provisiones de cereales halladas en Minsk estaban en harina, y el mariscal sólo tuvo que mandar amasar y cocer pan. Proporcionóse raciones para diez días, dió avena á los caballos, y todo lo puso en orden en sus tropas, á fin de emprender nuevas marchas.

Entrando en Minsk el 8 por la noche con su vanguardia, no habiendo juntado sus divisiones hasta el 9, dejólas el 10 algo restablecidas, y hubiera proseguido su movimiento, si la situación en torno suyo no fuera de las más ambiguas, y no requiriera nuevas luces hasta de ir más lejos. Ya en Minsk, dando algunos pasos más, podía llegar al Berezina, y torciendo algo á la derecha, dirigirse bajo los muros de Bobruisk, plaza fuerte que dominaba el paso del Berezina, ó bien, rompiendo hacia adelante, trasladarse á orillas del Dnieper á Mohilew. Uno de estos dos movimientos, el más corto ó el más largo, había que emprender, según se calculara que el príncipe Bagratión nos llevaba más ó menos delantera. Ahora bien; de los informes recogidos de boca de los prisioneros, de los judíos, de los curas, unos deseosos de decir la verdad ignorándola, otros conociéndola y no queriendo descubrirla, resultaba que primeramente el príncipe Bagratión se adelantó hasta el Niemen hacia Nicolaiew, y que después de allegar las fuerzas de Dorokoff y Platow, se replegó hacia la pequeña aldea de Neswij, en el camino de Grodno á Bobruisk, que era el camino natural del ejército del Dnieper. Por tanto era posible detener al príncipe Bagratión en Bobruisk mismo, sobre todo si el rey Jerónimo llegaba á tiempo, no debiendo tardar ya en aparecer por aquel punto, aunque sólo se tenían de él noticias muy vagas. Con efecto, si marchando sobre Bobruisk por Inghoumen, se llegaba á detener al príncipe Bagratión al paso del Berezina, mientras el rey Jerónimo le asaltara por la espalda, se le podía envolver de tal modo que no tuviera más que los pantanos de Pinsk por asilo. Al contrario, corriendo hasta el Dnieper para interceptar su marcha en Mohilew, se aumentaba con la distancia la incertidumbre del buen suceso. Podía suceder efectivamente que, detenido en Mohilew, se encaminara el general ruso más hacia abajo y pasara el Dnieper junto á Rogaczew, y era dudoso que á tal distancia se hallase el rey Jerónimo exactamente á su espalda, y le estrechase bastante de cerca. En suma, el círculo en que se aspiraba á encerrarle se había agrandado, y le quedaban más puntos de escape. Así el mariscal Davout resolvió aguardar aún uno ó dos días para determinar lo que parecía más conveniente, preparando á mayor abundamiento su marcha sobre Inghoumen, marcha que le aproximaba igualmente á Mohilew y á Bobruisk, dos objetos de los cuales se necesitaba lograr uno ú otro.

Su enojo contra el rey Jerónimo, según sucede á todo el que aguarda, era extremado, y no omitía comunicárselo á Napoleón que lo trasladaba á este príncipe en

términos violentos. En la vida común, y más aún en la militar, se fija uno en los propios apuros y no hace caso de los ajenos. Esto acontecía respecto del rey Jerónimo y de sus tropas. Se les echaba en cara su lentitud, mientras soldados y generales se extenuaban por no faltar al punto de reunión adonde se les llamaba. Con efecto, véase lo que les sucedió al paso del Niemen y posteriormente.

Partidos de los alrededores de Pultusk, y obligados á seguir el camino de Ostrolenka y Goniondz para dirigirse á Grodno por entre un país pobre, donde era menester llevarlo todo consigo, por caminos donde toda carga algo pesada se atolaba hondamente, los polacos y los vestfalianos, precedidos por los cuerpos de caballería del general Latour-Maubourg, no sin gran trabajo llegaron á orillas del Niemen á fines de junio. Mientras se dirigían hacia Grodno para pasar el Niemen por este punto, se trasladaba el general Reynier sobre su derecha con los sajones para desembarcar por Bialistok, y el príncipe de Schwartzenberg con treinta mil austriacos llegaba de la Galitzia á Brezesc-Litowski. Después de vacilar este príncipe en pasar el Bug, marchaba irresolutamente sobre Proujani, y se detenía allí de miedo de verse comprometido ante las fuerzas de Tormazoff, que se exageraban mucho.

Estrechado el rey Jerónimo por las órdenes reiteradas del emperador, llevando á la cabeza de su columna las excelentes tropas del príncipe Poniatowski, sacrificó más de mil caballos de tiro para llegar cuanto antes á Grodno, y dejó además á los hombres rezagados, sobre todo reclutas de los regimientos polacos. Animados el 28 de junio los jinetes polacos ligeros de una verdadera rabia contra los rusos, llegaron á Grodno, y repelieron vivamente á los cosacos de Platow hacia el arrabal de esta ciudad, situada á la orilla izquierda del Niemen, por la cual llegábamos nosotros.

Muy luego se apoderaron del arrabal mismo é hicieron sus aprestos para cruzar el río, ayudados por los habitantes á quienes llenaron de entusiasmo la presencia de sus compatriotas y la noticia de la reconstitución de la Polonia. De repente el 29 de junio Platow, que había recibido orden de replegarse, evacuó á Grodno, y cruzando el Niemen la caballería ligera polaca, ocupó la ciudad y se apoderó de muchos bateles de granos, que se esforzaban por salvar los rusos, llevándose los río arriba. Sin tomar descanso la caballería ligera polaca, corrió al camino de Lida en observancia de las órdenes del cuartel general que prescribían darse la mano con el príncipe Eugenio, cuyo paso tuvo lugar por Prenn, según se ha visto.

Al día siguiente, 30 de junio, llegó el rey Jerónimo con el resto de la caballería, dejando atrás á una ó dos jornadas á la infantería de su huete. Sin levantar mano se puso á prestar víveres para sus tropas, molidas de cansancio, y á las cuales no pudieron seguir sus convoyes. Habiendo envuelto la gran tempestad del 29 de junio á toda la Polonia, hizo así en éste, como en los demás puntos del teatro de la guerra, impracticables los caminos, causó la muerte de algunos hombres, la deserción de muchos de ellos, y mató á numerosa porción de caballos. Muy sensible la población de Grodno, á semejanza de todas las grandes ciudades, ante la noticia de la independencia de Polonia y la presencia de un

hermano del emperador, prorrumpió en muchas aclamaciones, celebró fiestas y obsequió al joven rey de Westfalia con banquetes y bailes. Prestóse el príncipe á estos agasajos, bien que sin perder el tiempo, pues mientras sus columnas llegaban los días 1, 2 y 3 de julio, nada descuidaba á fin de tener qué repartirlas, y trataba de proporcionarse algunos quintales de pan, cuya adquisición y cuyo transporte especialmente no bastó á facilitar toda la alegría de los habitantes de Grodno. Durante este espacio, las cartas de Napoleón, que no quería reconocer las dificultades ajenas, al paso que se fijaba en las suyas hasta el extremo de hacer una larga mansión en Wilna, llegaban unas tras otras al rey Jerónimo con cargos tan injustos como humillantes sobre su lentitud, su incuria y su afición á los placeres. Aun cuando Jerónimo veía perecer hombres y caballos á fuerza de marchas rápidas en torno suyo, no dejó de despachar sus columnas al camino de Minsk, dando sólo á cada una de ellas un día de descanso, pues hacía partir el día 3 las que habían llegado el 1.º, el 4 las que llegaron el 3, y así sucesivamente. Por Tzicoutzín, Joludeck, Novogrodek, se dió á perseguir el ejército de Bagratión, cuya fuerza engrosaba la imaginación polaca hasta el extremo de calcularle cien mil hombres.

El rey Jerónimo, que no tenía la experiencia del mariscal Davout para discernir la verdad á través de las exageraciones populares, se había puesto en marcha con cierta aprensión de lo que suceder pudiera, pero completamente atendido á las órdenes de su hermano, y ni día perdió ni hora recomendando de continuo al general Reynier, el cual se adelantaba paralelamente á él por Bialistok y Slonim, que acelerara el paso y se arriñase á la columna principal. Mas el príncipe Bagratión llevaba seis ó siete marchas de delantera, y no era fácil alcanzarle. Con efecto, partiendo el general ruso el 28 de junio de Wolkowisk, tras la primera orden que le prescribía ganar las orillas del Dnieper, recibió otra en el camino, para que se aproximara á Barclay de Tolly en su movimiento de retirada, y trasladóse entonces á Nicolajef, á fin de pasar el Niemen por este punto, y operar después en torno de Wilna el movimiento circular que había salvado á Doctoroff. Allí recogió á Dorokoff y á Platow, quienes le notificaron la llegada del mariscal Davout tras su huella, y con esta noticia, en vez de remontarse al Norte, declinó al Sur para dirigirse por Nowogrodek, Mir y Neswij, á Brobuisk. Aun habiendo empleado dos días en Neswij para dar descanso á sus tropas, extenuadas por el calor y las marchas, se hallaba en aptitud de partir de allí el 10 de julio, y fuera necesario que el rey Jerónimo llegara el propio día para darle alcance. Ahora bien; esto era imposible. Desde Grodno á Neswij, pasando por Nowogrodek se contaban cincuenta y seis leguas, y habiendo salido el rey de Westfalia el 4 de Grodno, y andando siete leguas por día durante ocho, lo cual era excesivo por tales caminos y con tales calores, no podía estar en Neswij antes del 12. Todo el celo del mundo era impotente contra tamañas dificultades.

De continuo acosaba el príncipe á sus generales, aguijoneado como se hallaba por las cartas de su hermano. Éstas le decían, que habiendo debido llegar el 30 de junio á Grodno, debía hallarse en Minsk el 10

de julio, cerca del mariscal Davout; á lo cual respondía el príncipe, tocado en lo más vivo, que, habiendo entrado en Grodno el 30 de junio con una simple vanguardia, no tuvo sus columnas de infantería hasta el 2 y el 3 de julio; que le fué necesario atraer su caballería ligera, enviada de reconocimiento sobre Lida, y preparar después viveres, por lo cual no le fué posible partir hasta el 4; que el camino quedaba sembrado de hombres ahogados por el calor y de rezagados extenuados, y de convoyes abandonados por falta de caballos; que su caballería vivía de milagro; que su infantería se alimentaba con carne sin sal, sin pan y sin aguardiente, y que ya estaba diezmada por la disentería de resultas de este alimento, del calor y de la fatiga.

Acosado así el rey de Westfalia por su intratable hermano, llegó el 10 de julio á Nowogrodek, catorce leguas distante de Bagratión, que se hallaba en Neswij, y veinte del mariscal Davout, que estaba en Minsk. Siete leguas por día había andado durante seis, y no se le podía pedir más de seguro. Aproximándose, el fantasma de Bagratión había tomado proporciones menos formidables, y los cien mil habían quedado reducidos á sesenta mil hombres, número todavía muy superior á las fuerzas del rey Jerónimo, pues de los treinta mil sólo se contaban ya veintitrés ó veinticuatro mil polacos; de diez y ocho mil se disminuyeron hasta catorce mil los westfalianos, y de los diez mil jinetes de Latour Maubourg, sólo seis ó siete mil se mantenían sobre las armas, lo cual formaba un total de cuarenta y cinco mil soldados á lo sumo. A dos jornadas del cuerpo principal se hallaban los sajones, reducidos de diez y siete á trece ó catorce mil hombres. Por tanto el rey Jerónimo se podía encontrar delante de sesenta mil rusos con cuarenta y cinco mil polacos y westfalianos, estando los sajones muy lejos para podersele unir en tiempo oportuno. Fuerza es añadir que, si los polacos eran muy aguerridos y se sentían muy animados, con los westfalianos no sucedía lo propio. Sin embargo, temiendo el príncipe á su hermano mucho más que al enemigo, continuó avanzando á todo trance.

Habiendo corrido su caballería ligera el mismo día 10 más allá de Nowogrodek por el camino de Mir, descubrió la retaguardia de Bagration, compuesta de seis mil cosacos, de dos mil jinetes regulares, y de dos mil hombres de infantería ligera. El general Rozniecki con seis regimientos, unos de cazadores, otros de lanceros polacos, y que serían en totalidad tres mil jinetes, no pudo contener el ardimiento de su caballería; hallóse empeñado contra diez mil hombres, se batió con la mayor bravura, sostuvo más de cuarenta cargas, dejó unos mil rusos fuera de combate, y vióse al fin libre por el general Latour-Maubourg, que acudió con la gruesa caballería.

Tal fué la conducta del rey Jerónimo hasta el 11 de julio. Aún no se había podido comunicar el mariscal Davout con él, por una razón que se comprende fácilmente. Este mariscal avanzaba por la derecha con sus reconocimientos hasta el Niemen, bien que sin atreverse á pasarlo; si al propio tiempo avanzara el rey Jerónimo con los suyos sobre su izquierda y también hacia aquel río, fuera muy posible un encuentro; pero totalmente ocupado este príncipe contra Bagratión, dirigía sus reconocimientos cabalmente en sentido contrario, esto es,

hacia su derecha y en seguimiento del enemigo. De consiguiente no había manera de que encontrara á las patrullas del mariscal Davout. Por su parte éste, que se hallaba en Minsk desde el 8 de julio, sentíase agitado por una impaciencia, que expresaba á Napoleón de continuo, y no reprimiéndose éste ya envió á su hermano la orden de ponerse bajo el mando del mariscal Davout, tan luego como su unión se efectuase. Al mismo tiempo expidió al mariscal esta orden para que pudiera hacer uso de ella en tiempo oportuno. Nada hubiera sido más natural que poner á un joven príncipe, aun llevando corona, á las órdenes de un veterano encanecido en el ejercicio de las armas; pero si hubiera sido natural una determinación de esta especie al principio de la campaña, tomada fuera de tiempo, y á título de castigo, podía producir rivalidades funestas y comprometer todos los resultados que se querían salvar con ella.

En efecto, sin alteración alguna de mando, con buena voluntad de unos y de otros, bien asegurada sin duda, podían llevarse perfectamente las combinaciones de Napoleón á cabo. Bagratión, quieto en Neswij hasta el 11 de julio, decidióse por último á bajar hacia Bobruisk, para evitar el encuentro del mariscal Davout, á quien creía superior en fuerzas, para pasar el Berezina al amparo de aquella plaza, y para dirigirse luego al Dnieper. Con este designio encargó al general Ræfleskoy que formara la vanguardia con el séptimo cuerpo ruso, y se encargó personalmente de formar la retaguardia con el octavo para hacer frente al rey Jerónimo, cuya caballería le apretaba demasiado. Saliendo de Neswij el 11, se hallaba el 12 en Romanow, y no se adelantó más que hasta Slouck el 13. No podía estar en Bobruisk antes del 16, y bien necesitaba dos días para juntar su gente, y cruzar el Berezina con todos sus equipajes. Ahora bien; Jerónimo, llegado á Nowogrodek el 10 con la infantería polaca, se puso inmediatamente en camino para Neswij. Avisado de la presencia del príncipe Bagratión sobre el camino de Bobruisk, de la del mariscal Davout en Inghoumen, estaba pronto á marchar y podía hallarse en Bobruisk el 17, esto es, á la hora en que el príncipe Bagratión estaría aún en este punto, y mucho antes de que cruzara con todo el material el Berezina. Por su parte el mariscal Davout, teniendo sus avanzadas cerca de Inghoumen, podía hallarse en Bobruisk dentro de tres días, llegando el 16 si partía el 13, el 17 si partía el 14, lo cual era hacedero. En este caso, desembocando Davout sobre Bobruisk por la izquierda del Berezina, al par que el rey Jerónimo se presentara por la orilla derecha, el primero con treinta y cinco mil hombres, el segundo con cuarenta y cinco mil sin los sajones, y con cincuenta y ocho mil si se le incorporaban éstos, era posible agobiar á Bagratión y hacerle sufrir una verdadera derrota. Ciertamente es que el rey Jerónimo estaba separado del mariscal Davout por una región pantanosa y llena de maleza y que por tanto eran difíciles las comunicaciones, y que era probable que sólo junto á Bobruisk se pudieran dar la mano, estando separados por toda la masa del cuerpo de Bagratión hasta entonces, y pudiendo lanzarse éste con habilidad y energía sobre uno ú otro de los generales franceses. En cambio las tropas de Bagratión estaban molidas de cansancio, quebrantadísimas por una

retirada precipitada, al par que nada igualaba en valor á las del mariscal Davout y en animación á las del príncipe Poniatowski. Bajo los ojos de su joven rey manifestaban celo los westfalianos, y Reynier llegaba con los sajones, que eran excelentes. Razón había, pues, en este momento para concebir las más halagüeñas esperanzas. Aunque el rey Jerónimo no se explicara muy claramente esta situación, á la sazón bastante obscura, noticioso de que tenía al mariscal Davout cerca, y habiendo hallado algunas de sus patrullas de caballería, le escribió que estaba en Neswij, pronto á marchar sobre Bobruisk, y le invitó á dirigirse allí por Inghoumen, prometiéndole y prometiéndose de esta unión los resultados más felices.

Hasta el día 12 operó el mariscal Davout en Minsk, no atreviéndose á ir más adelante, porque sólo tenía dos divisiones francesas de infantería. Finalmente, al saber el 13 por una carta de Jerónimo que este príncipe se hallaba en Neswij y estaba en vísperas de juntarse bajo Bobruisk, no vaciló en emprender la marcha y determinóse á partir el día siguiente 14 para Inghoumen. Un descanso de tres días había repuesto y reunido á sus tropas, le había permitido cocer pan, cargar carros de este alimento, y disponerlo todo para hacer nuevas marchas forzadas.

Queriendo al propio tiempo asegurar más el concierto de todas las fuerzas que iban á hallarse juntas, no sintiendo tampoco reducir á la posición de subordinado suyo á un joven príncipe, de quien más de una vez mostróse descontento durante su permanencia á orillas del Elba, le comunicó lo resuelto por Napoleón para el caso en que se juntaran los dos cuerpos de ejército, y tomando el papel del general en jefe le previno, bien que con mucho miramiento, que marchara por Neswij y Slouck sobre Bobruisk, mientras él iba por Inghoumen al mismo punto. En la propia carta le indicó algunos caminos de travesía, por los cuales se podrían dar la mano con auxilio de la caballería ligera.

Aunque había cuatro días de marcha para un ejército entre los cuerpos del rey Jerónimo y del mariscal Davout, para oficiales de á caballo no había más de treinta horas. Así la orden de Davout expedida el 13, llegó á Neswij el 14 en el curso del día. El príncipe Jerónimo, que se había hallado de muy buena voluntad hasta entonces, experimentó un violento movimiento de despecho al recibir aquellos despachos. Desesperóse y se creyó profundamente humillado de resultas de aquella posición subordinada relativamente al mando del primer cuerpo, que no le hubiera agradao antes y que ahora se le imponía como una especie de castigo. Sin duda había razón para que se sintiese ajado, era víctima de cargos injustos, y se le condenaba ante todo su cuerpo de ejército á una humillación verdadera; mas las humillaciones son generalmente lo que uno las hace por la manera con que las toma. Hieren, si uno se da por ofendido; mas si se aceptan como una simple condición de las cosas, lejos de producir desdoro, dan frecuentemente realce. Apresurándose el joven rey de Westfalia á reconocer los títulos que el veterano mariscal tenía al mando y concurriendo con celo á un triunfo brillante, hubiera participado de su gloria, salvado quizá la campaña de 1812, y ahorrado de consiguiente una gran catástrofe á su hermano y á su familia.

Sea como quiera, cediendo á un sentimiento muy explicable, resolvió no desobedecer, pero sí resignar el mando. Desgraciadamente entre todas las resoluciones no la podía tomar más funesta para el éxito de las concepciones de su hermano. Hizo llamar al general Marchand, su jefe de estado mayor, le entregó el mando, le encargó que lo ejerciera hasta su incorporación con el mariscal Davout, y en el deseo de atender al más apremiado, convino con él en que se adelantaran los polacos una marcha por el camino de Slouck, para sostener en caso de necesidad á la caballería del general Latour-Maubourg y dar un paso más sobre el camino de Bobruisk; llevó á Neswij á sus westfalianos, que no pensaba retirar del ejército, no se reservó para su escolta personal más que algunas compañías de su guardia, y aproximó á Neswij á los sajones, distantes ya no más que una jornada. El retrogradó á Mir y Nowogrodek, para esperar allí las órdenes del emperador y volver á sus Estados, si las tales órdenes no eran conformes á su decoro tal como lo comprendía.

Un oficial corrió adonde el mariscal Davout se hallaba, para comunicarle la resolución que el joven príncipe había tomado, y encontróle en Inghoumen el 15. Al recibir el mariscal esta respuesta, no procedió con la firmeza que convenía á su carácter. En vez de conservar el mando, de que se había apoderado harto pronto, y de ejercerle con el vigor que requerían las circunstancias, temió haber ofendido á un rey, á un hermano del emperador, y se apresuró á escribirle una carta llena de contemplaciones, para comprometerle á continuar á la cabeza de las tropas polacas y westfalianas, bajo sus órdenes siempre, aunque prometiéndole la más cordial inteligencia, y haciendo valer á sus ojos la gran razón del servicio del emperador, única alegada entonces, pues en el lenguaje del tiempo no se mentaba el servicio de Francia. Inmediatamente hizo partir á un oficial para que llevara esta carta al joven príncipe, y corrigiendo con su vigilancia las faltas que no eran ordinarias de su carácter, dispuso las cosas de modo que el tiempo de estas idas y venidas no fuera perdido del todo para el éxito de las operaciones militares. Fijos siempre los ojos en Bobruisk extendía su atención más lejos para observar lo que pasaba al otro lado del Berezina, y asegurarse de si el enemigo pensaba en cruzarlo, lo que le hubiera decidido entonces á correr al Dnieper, es decir, á Mohilew. Ya había enviado la caballería de Grouchy á Borisow, para apoderarse de esta ciudad, de su puente sobre el Berezina, de sus almacenes. Se pudo salvar el puente, mas los almacenes de ningún modo. Otros muchos puentes hizo echar sobre el Berezina, especialmente en los alrededores de Jakzitci, y encaminó allí sus fuerzas el 15, porque tenía la ventaja de estar una marcha más adelante de Inghoumen, y más cerca á la vez de Bobruisk y de Mohilew. Desgraciadamente no era él quien convenía que se aproximase desde luego á Bobruisk, pues se hallaba más cerca, sino el ejército del rey de Westfalia, que estaba á tres jornadas y á quien retardaban deplorablemente todos aquellos debates en el momento de esperar el resultado quizá más importante de la campaña.

Quando esta carta llegó á Neswij ya no se hallaba allí el rey Jerónimo, pues había salido el 16 de este punto, después de hacer operar una especie de movi-

miento retrógrado á sus tropas, con la intención laudabilísima que va á verse. En Neswij se estaba separado de Inghoumen por una región pantanosa y cubierta de matorrales, por entre la cual eran casi impracticables las comunicaciones, excepto para la caballería ligera. De consiguiente para unirse al mariscal Davout había necesidad de trasladarse por el camino real á Bobruisk en derechura, avisando al mariscal que se encontrara por aquel lado, lo cual exponía á hallarse con el príncipe Bagration en persona, ó dirigiéndose á la izquierda rodear la región difícil de que se trata, é ir por Romanow, Tinkowicz, Ouzda, Dukora, á ganar á Inghoumen; rodeo que no exigía menos de cuatro días. Juzgando con razón el príncipe Jerónimo que el plan decisivo de lanzarse todos osadamente sobre Bobruisk cesaba de ser practicable, juzgó conveniente llevar sus tropas á Inghoumen por el gran contorno de Ouzda y Dukora, lo cual por otra parte parecía conforme á algunas indicaciones anteriores del mariscal Davout y del cuartel general. Por consecuencia envió á los westfalianos á Ouzda, y dejó á los polacos en Tinkowicz, camino de Bobruisk, de suerte que apoyaran en caso necesario á la caballería de Latour-Maubourg, que llevaba sus correrías hasta las puertas de Bobruisk. Hecho esto, marchó á Nowogrodek.

En camino para este punto y el 17 recibió la carta del mariscal Davout, y contestó persistiendo en lo determinado, respuesta que no debía llegar al mariscal hasta el 18 ó el 19. Con esto la gran combinación de Napoleón había abortado, pues se requería que todos estuvieran juntos bajo Bobruisk el 17 y ya no era posible. Frustrada la coyuntura de atajar y de envolver á Bagration junto al Berezina, ya sólo cabía aspirar á adelantarsele junto al Dnieper, yendo á ocupar á Mohilew; pero así no se debían alcanzar los mismos resultados. Deteniendo al príncipe Bagration junto al Berezina, no se le dejaba más retirada que hacia Mozir y los pantanos de Pinsk, donde había medio de asaltarle, envolverle y coparle. Deteniéndole sólo junto al Dnieper, se lograba impedirle el paso por Mohilew; pero entonces volvería á bajar sobre Staroi Bichow: si se le detenía hacia este último punto, aún podía bajar hacia Rogaczew, y se le hacían perder cinco ó seis días en el primer caso, y diez ó doce en el segundo. Esto no era, según se había esperado, su ruina, ni su anulación por toda la campaña; era un resultado útil, mas de ningún modo decisivo.

Sin esperar el mariscal Davout las últimas respuestas del príncipe, y con noticia de algunos movimientos del enemigo más allá del Berezina, determinó renunciar á una operación combinada sobre Bobruisk, y marchar sobre Mohilew, á fin de que no se le escaparan á la vez todos los resultados. Ya desde el 16 encaminó sus tropas por Jackziti más allá del Berezina; el 17 siguió con el resto de su cuerpo de ejército el propio movimiento, y se dirigió por Pogost sobre el Dnieper, en dirección de Mohilew.

Habiendo recibido en el camino cartas del rey Jerónimo que le anunciaban las resoluciones definitivas de este príncipe, adoptó el partido de dar órdenes á todo el cuerpo de ejército, del cual era ya único jefe. A los westfalianos previno que marcharan por Ouzda, Dukora y Borisow á Orscha, para situarlos junto al Dnieper,

entre él y el grande ejército, del cual sabía que marchaba á la sazón hacia el alto Dwina. Aguardando la llegada de los westfalianos, que no se podía efectuar antes de ocho ó diez días, dirigió á la caballería de Grouchy sobre Orscha, para establecer su enlace con el grande ejército lo más pronto posible. Prescribió á los polacos, cuerpo con el cual contaba más, que se encaminaran á Mohilew por Ouzda, Dukora é Inghoumen, rodeando la región pantanosa y cubierta de matorrales, que le había separado de Jerónimo. Era una travesía de seis días por lo menos. En el caso de poder reunir á tiempo á los polacos, debía de tener más de cincuenta mil hombres, los bastantes para abrumar á Bagration. A la caballería de Latour-Maubourg encargó que envolviera á Bobruisk y hostigara esta plaza, cuidando de mantenerse junto al Berezina y de estar en comunicación con Mohilew. Quedaban para sajones, y á su derecha los austriacos, cuyo empleo se verá muy en breve y tal como por Napoleón le fué prescrito.

Así, de la combinación imaginada para envolver y coger al príncipe Bagration no quedaba más que la probabilidad de detenerle en Mohilew y de obligarle á pasar el Dnieper más abajo, lo cual retardaba mucho, pero no hacía imposible su incorporación á Barclay de Tolly.

Al saber Napoleón este mal suceso concibió un vivo enojo contra el mariscal Davout y el rey Jerónimo, pero mucho más vivo contra éste. Reconvinó al mariscal Davout por haber tomado el mando demasiado pronto, no estando aún los dos ejércitos verdaderamente reunidos, y de no haberlo ejercido con vigor suficiente después de tomarlo. Reconvinó al rey Jerónimo por haberle hecho perder el fruto de una de sus mejores maniobras, y le dejó volver á Westfalia, conservando los westfalianos. No se reconvinó á sí propio, lo cual fuera más justo, de haber fiado por una costumbre real, digna á lo sumo de Luis XIV, á un joven decidido, bravo, si bien inexperto, un ejército de ochenta mil hombres; y además de haberle reprendido, cuando aún no había cometido falta alguna, y humillado de todos modos, como si fuera responsable de la resistencia de los elementos; de haberse decidido de pronto á someterle á un mariscal, partido que conviniera tomar desde el principio en interés de las operaciones, y no con posterioridad y á título de castigo; de no haber previsto el escándalo que había de resultar de esto, ni la consecuencia todavía mucho más grave de hacer que fracasara una maniobra decisiva y de las más sabias que había imaginado nunca; por último y sobre todo, de no haber concedido al mariscal Davout el refuerzo de una ó dos divisiones, refuerzo que le pusiera en aptitud de no hacer depender sus movimientos de una incorporación de las problemáticas. Véase aquí lo que Napoleón no se dijo, y lo que revelaba, no decadencia en su mente, tan vasta, tan perspícaz, tan fecunda como en otra época cualquiera, sino el progreso de aquel humor despótico, caprichoso, intemperante, que para nada hace caso de los caracteres ni de los elementos, que trata á los hombres, á la naturaleza, á la fortuna, como á súbditos que se pueden dar por contentos de obedecerle, é impertinentísimos por no hacerlo siempre, humor fatal y pueril á la vez, que toma aun en los hombres de genio más eminente algo del niño que desea todo cuanto ve,

quiere todo cuanto desea y lo quiere al punto, sin admitir obstáculo ni demora, y grita, manda, se encoleriza, ó llora cuando no lo consigue. Esto es más que la decadencia de la mente, pues es la del carácter echado á perder por el despotismo, y esta es la verdadera causa que se verá dominar de una manera desastrosa en los sucesos ulteriores.

Aunque ya no esperase el éxito de su maniobra contra el ejército del Dnjeper, había una cosa que esperaba todavía y la esperaba con plena confianza del mariscal Davout, y era que el príncipe Bagration fuera repelido muy abajo del Dnieper hacia Mohilew por lo menos, lo cual condenaría al segundo ejército ruso á dar un largo rodeo y le impediría llegar en auxilio de Barclay de Tolly en tiempo oportuno. De consiguiente Napoleón ordenó al mariscal Davout que se mantuviera firme en Mohilew; prescribió al príncipe de Schwarzenberg que se aproximara al grande ejército con el cuerpo austriaco, remontando la Lituania del Sur al Norte por Proujani, Slonim y Minsk, y á los sajones que retrocedieran para ir á ocupar el puesto de los austriacos junto al alto Bug en las fronteras de la Volhynia y del gran ducado de Varsovia. Efectivamente había prometido á su suegro hacer servir á los austriacos bajo sus órdenes directas, y por este motivo trabajaba en aproximarlos al cuartel general: además no contaba con ellos lo bastante para confiarles á la vez el encargo de guardar el gran ducado y de insurreccionar la Volhynia, y prefería con razón fiar uno y otro á los sajones, poseedores de la Polonia actual y probablemente de la Polonia futura.

Ordenadas estas disposiciones, volvió de lleno á su otra maniobra, mucho más importante que la abortada de que se acaba de dar cuenta, pues si marchando por la derecha conseguía deslizarse con la mayor parte de sus fuerzas delante del campo de Drisa, rebasar á Barclay de Tolly, cogerle por la espalda, pasando el Dwina, y cortarle á la vez de Moscou y de San Petersburgo, hacía imposible el proyecto de retirada indefinida concebida por los rusos, ó les reducía á ejecutarlo con restos desorganizados, y podía esperar ver á un nuevo Darío enviando suplicantes al campo de un nuevo Alejandro.

Para el éxito de este gran movimiento era muy de deplorar el alto hecho en Wilna. Entrado en esta ciudad el 28 de junio, todavía se encontraba allí Napoleón el 16 de julio por la mañana; pero este tiempo había sido rigurosamente necesario para contener la deserción en los cuerpos, para despacharles su artillería rezagada y tirada por parte de los caballos de los convoyes de víveres, para reorganizar estos convoyes reduciéndolos á los carros más ligeros, para cocer pan, para asegurar ocho ó diez días de subsistencia á la guardia, condición de disciplina indispensable hasta en este cuerpo de preferencia, para proporcionar al grueso del ejército una reserva de víveres destinada á los cuerpos que nada absolutamente hubieran hallado en los caminos, y en fin, para transportar los trenes de puente. Aunque los días transcurridos eran diez y ocho, ni una sola hora se había perdido con el fin de asegurar en lo posible estos resultados de primera necesidad. Ya al cabo casi estaban completos, y desde entonces Napoleón lleno de confianza lo aguardaba todo de su genio y de la bizarría de sus tropas. A Wilna le llegaron noticias de todo el

mundo. A pesar del disimulo de los rusos ya no se podía dudar de su paz con los turcos, pues además de la orgullosa confidencia que Mr. de Balachoff hizo á Napoleón de ella, acababa de recibir de sus agentes en Constantinopla la casi certidumbre de haberse celebrado. Al mismo tiempo no era ya cuestionable la adhesión de Bernadotte á la causa de Rusia. De consiguiente Napoleón podía, en un porvenir cercano, prever la llegada de los ejércitos rusos de Tormazoff y Tchitchakoff sobre la derecha, y quizá la bajada de los suecos á su retaguardia. Verdad es que estas noticias eran compensadas por otras favorables de Inglaterra y de América, pues se anunciaba la muerte de Mr. Perceval, asesinado á la entrada del parlamento, una próxima variación de rumbo en la política británica, y finalmente, la certidumbre de una declaración de guerra de América á la Gran Bretaña. Ningún caso hacía Napoleón de estos lejanos rumores propicios ó adversos, y con razón, por cifrarlo todo en el éxito de las grandes operaciones que estaba á punto de emprender. Ya había encaminado la caballería ligera de la guardia á las órdenes del general Lefebvre Desnouettes para preparar su movimiento, reuniendo harinas, construyendo hornos, protegiendo los cuerpos de los pontoneros que debían proporcionar al ejército el paso, no sólo de los ríos, sino de los numerosos pantanos de que el país estaba cubierto. Detrás de la caballería ligera hizo partir á la joven guardia á las órdenes de Mortier y la vieja á las de Lefebvre.

La primera debía pasar por Lowariski, Michaldiski, Danilowitski; la segunda por Swenziani y Postavi, y ambas debían desembocar en Gloubokoe, donde Napoleón iba á fijar su cuartel general entre Drisa y Polotsk, frente del Dwina. Detrás de Mortier y Lefebvre envió la reserva de artillería de la guardia, con la cual contaba particularmente para los días de batalla, y recomendó que marchara lentamente para no inutilizar los caballos. Además dirigió hacia el mismo punto, si bien algo más á la izquierda, y detrás de Murat, á las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, que había retenido en su poder para ejecutar con ellas la parte más difícil de su maniobra, la que se operara más cerca del enemigo, en el mismo punto en que se girara en torno de los rusos para envolverlos. Al propio tiempo hizo ejecutar á Ney, Oudinot y Macdonald un movimiento de izquierda á derecha, llevando á Ney de Maliatoui á Widzoui, á Oudinot de Avanta á Rimchanoui, á Macdonald de Rossiena á Poniewiez, con la instrucción de costear al enemigo sin abordarle, de cargarse de pan, de acarrear en los carros cuanto harina se pudiera recoger; y de llevar consigo cuanto ganado les fuera posible. Hacia su derecha puso por fin Napoleón al príncipe Eugenio en movimiento de Nowoi Troki á Ochmiana, Smorgoni y Wileska, haciéndole iguales recomendaciones. La mitad de los bávaros había perdido el príncipe Eugenio de resultados del cansancio y la disentería, y estaba muy mermado su cuerpo. Debía formar la derecha de Napoleón y darse la mano con el mariscal Davout por medio de la caballería de Grouchy.

Antes de salir de Wilna, dió Napoleón sus últimas órdenes para asegurar todos los ramos del servicio durante su ausencia. No queriendo privarse del talento, del celo, de la probidad de Mr. Daru, y necesitando